

Fronteras y Mapas

Desde finales de la década de 1970 hasta principios de la de 1990, el movimiento de solidaridad centroamericano se organizó para detener la intervención de Estados Unidos y apoyar los movimientos de liberación nacional y justicia social en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. El movimiento entró en conflicto con el gobierno de Estados Unidos, y el **FBI** y la **CIA** llevaron a cabo una campaña sostenida para interrumpir este activismo solidario. Entre 1981 y 1987, el FBI investigó a más de cien mil personas y tres mil organizaciones en todo Estados Unidos. El **FBI** centró sus más duros esfuerzos en el Comité de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador (**Committee in Solidarity with the People of El Salvador CISPES**), clasificando el apoyo del grupo a los movimientos de liberación nacional de izquierda como "terrorismo". Agentes federales se infiltraron en el capítulo de CISPES en Dallas y coordinaron decenas de allanamientos en oficinas y hogares de activistas en todo el país. Además, como reveló un informante que se infiltró en Dallas CISPES, el FBI y la CIA proporcionaron a la Guardia Nacional salvadoreña los nombres de los izquierdistas salvadoreños deportados de Estados Unidos. Los escuadrones de la muerte de la Guardia Nacional asesinaron a muchos de estos activistas en El Salvador e incluso extendieron su alcance a California: en 1987, miembros de la Guardia Nacional secuestraron a una refugiada salvadoreña fuera de una oficina de CISPES de Los Ángeles y luego la violaron y torturaron.

Como demuestran estos ataques, tanto la violencia represiva como la resistencia radical circularon transnacionalmente. "Fronteras y mapas" ilustra cómo les activistas impugnaron el dominio ideológico, político y económico que Estados Unidos ejerció en el mundo desde la década de 1970 hasta el período inmediatamente posterior al 11 de septiembre de 2001. Tres marcos guiaron al estado estadounidense durante estos años: la Guerra Fría (**Cold War**), capitalismo global y el antiterrorismo. Aunque se superpusieron, cada marco produjo mapas distintos de peligro y erigió nuevas fronteras. Los radicales respondieron con sus propios mapas del mundo, reescribiendo la lógica estatal de los Estados Unidos a

través de los principios de liberación nacional, justicia global y solidaridad contra la supremacía blanca, el colonialismo de colonos y los regímenes neocoloniales.

Al responder a las cartografías dominantes y al elaborar sus propias, los activistas alimentaron diversas causas. Por ejemplo, apoyaron los movimientos de liberación en América Central y Palestina, se opusieron al régimen brutal de la segregación racial (**apartheid**) en Sudáfrica y trabajaron para terminar con las deudas nacionales depredadoras y el abuso de los trabajadores apoyado por corporaciones estadounidenses y entidades financieras respaldadas por Estados Unidos en el Sur Global. El radicalismo se movió, de manera imaginativa y organizativa, a través de geografías.

La inmigración moldeó profundamente el activismo radical. La Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1965 permitió un Estados Unidos más multiétnico y multilingüe al eliminar algunas de las restricciones de décadas contra la migración a los Estados Unidos de personas de América Latina, Asia, África y el Medio Oriente. Muchos migrantes huyeron de las guerras y la desigualdad respaldados directamente por Estados Unidos; también aportaron conocimientos críticos a los movimientos de oposición. Aunque el gobierno de los Estados Unidos, especialmente bajo el presidente Reagan (1980–88), trabajó para cerrar las puertas a los refugiados de izquierda en estos años, las comunidades de inmigrantes se convirtieron en el hogar de los radicalismos diaspóricos. El conocimiento de los inmigrantes sobre los efectos del neoliberalismo, sus experiencias como trabajadores en la economía de servicios de Estados Unidos y su estatus como objetivos frecuentes de la represión estatal les convirtió en actores clave en la solidaridad internacional, la justicia global y la organización laboral.

“Fronteras y mapas” comienza con la transición del movimiento contra la guerra de Vietnam a otros modos de solidaridad internacional. Estados Unidos retiró tropas de Vietnam en 1973 y, en 1975, las fuerzas comunistas de Vietnam, Camboya y Laos declararon la victoria. Millones de personas, principalmente civiles del sudeste asiático, murieron en guerras respaldadas por Estados Unidos en la región, y millones más se convirtieron en refugiados. Aunque el movimiento contra la guerra de Vietnam no puso fin a la agresión de Estados Unidos en el sudeste asiático, sí ayudó a reducir los bombardeos, detener el reclutamiento de Estados Unidos, revelar mentiras de sus élites militares y políticos y fomentar el activismo transnacional. También radicalizó a millones de estadounidenses. A medida que las guerras de Estados Unidos en Camboya, Laos y Vietnam llegaron a

su fin, un gran número de radicales continuaron adoptando el antiimperialismo y la solidaridad internacional, particularmente con las luchas socialistas y comunistas.

La sección A, “Antiimperialismo más allá de Vietnam”, rastrea estas reverberaciones. Se centra especialmente en la solidaridad de Centroamérica, pero también incluye fuentes de la independencia de Puerto Rico, la oposición a la ocupación militar estadounidense en Corea del Sur, el internacionalismo indígena y una creciente izquierda árabe estadounidense. La presidencia de Jimmy Carter (1976-1980) marcó un respiro de la estridente retórica de la Guerra Fría, ya que expresó su apoyo a las Naciones Unidas y extendió la amnistía a los que se resistieron al reclutamiento de la Guerra de Vietnam. Reagan abrazó fervientemente el anticomunismo y colocó el lugar de contención de la Guerra Fría en América Central. Durante la presidencia de Reagan y la de su sucesor, el ex director de la CIA George H. W. Bush (1988-1992), Estados Unidos respaldó al gobierno salvadoreño de derecha contra los rebeldes de izquierda. En Nicaragua, Estados Unidos financió de forma encubierta un ejército sustituto, conocido como los contras, que buscaba derrocar la revolución socialista sandinista. Bush pretendía implementar lo que llamó un "nuevo orden mundial" de hegemonía estadounidense sobre la diplomacia global después de la Guerra Fría. Persiguió, y ganó en gran medida, la aprobación de las Naciones Unidas de la Guerra del Golfo liderada por Estados Unidos (1991).

Los antiimperialistas se opusieron a Reagan y Bush al defender el derecho a la autodeterminación y al revelar el patrocinio estadounidense de la violencia del Tercer Mundo. También hicieron comparaciones con la memoria reciente, como a través de la omnipresente calcomanía en el parachoques, "El Salvador es español para Vietnam". Los activistas adoptaron múltiples tácticas, incluida la acción directa no violenta, la ayuda directa y las brigadas de viaje, y el santuario de refugiados, el último especialmente a través de las iglesias. El movimiento contenía muchas diferencias de ideología y demografía. Una línea se limitó a oponerse a la intervención estadounidense, atrayendo tanto a liberales como a radicales y obteniendo un considerable poder de movilización. Otro hilo fue más allá, apoyando los movimientos de izquierda en El Salvador, Nicaragua, Palestina y Puerto Rico. La no intervención presentó la cara más blanca del movimiento, mientras que los refugiados y los inmigrantes participaron en mayor número en el respaldo a los grupos radicales del Sur Global.

La sección B, “Del antiimperialismo a la justicia global”, demuestra cómo los radicales respondieron a la globalización corporativa con una globalización propia, lo que se denominó de diversas formas antiglobalización, alter globalización o movimiento por la justicia global. Si bien el capitalismo pudo moverse más libremente después de la disolución de la Unión Soviética en 1991, la gente común se enfrentaba a fronteras militarizadas. En la política electoral estadounidense, demócratas y republicanos se unieron en torno a la desregulación y la privatización. Mientras que nuevas cohortes de activistas buscaban un radicalismo que no reprodujera exclusiones étnicas, lingüísticas, religiosas o sexuales, problemas que habían marcado a muchos gobiernos de izquierda en todo el mundo. Un número creciente de radicales reformuló la idea de lo global, organizándose a escalas tanto más pequeñas como más grandes que el estado-nación. Persiguieron la "globalización desde abajo" anticapitalista y establecieron lazos con organizaciones y comunidades no estatales en el Sur global. A menudo adoptando el anarquismo u otras políticas "horizontalistas", muchos trabajaron hacia concepciones de afinidad más radicales que las abarcadas por la "liberación nacional" o los "derechos humanos".

Las críticas de la izquierda a la globalización corporativa también presentaron un referéndum sobre la política interna de Estados Unidos, desafiando la virulencia antiinmigrante en medio de un movimiento sindical debilitado. Dado que el TLCAN (**NAFTA**) y otras políticas socavaron el poder sindical, la aceleración de la globalización planteó una bifurcación en el camino para el trabajo organizado, enfrentando la historia de exclusión racial del trabajo con su legado internacionalista. Pero surgieron varias direcciones esperanzadoras para la organización de los trabajadores, incluida la organización de trabajadores inmigrantes, los centros de trabajadores independientes y el movimiento contra las explotaciones explotadoras en los campus que se dirigió a las principales universidades cuya ropa deportiva universitaria se producía en países donde las prácticas laborales de explotación estaban generalizadas.

La sección B rastrea estas tendencias. Comienza con el movimiento anti-segregación racial (**anti-apartheid**), que se movilizó en sindicatos locales radicales, construyó coaliciones estudiantiles y laborales y popularizó las tácticas económicas de boicot, desinversión y sanciones. Estas tácticas tuvieron influencia en la década de 1990. Ilustrando estos vínculos, la sección B coloca materiales contra la segregación racial (**apartheid**) junto con fuentes de la justicia global y los

movimientos de trabajadores inmigrantes. Incluye elementos sobre el uso de la acción directa a gran escala, que alcanzó su punto álgido en 1999 cuando cincuenta mil personas clausuraron la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle. Además, demuestra cómo la organización de trabajadores inmigrantes se cruzó con el antirracismo y por qué tácticas los trabajadores inmigrantes ganaron el poder.

La sección C, “No en nuestro nombre”, utiliza un eslogan activista que se repite a menudo para resaltar cómo los radicales estadounidenses se opusieron a las guerras de ocupación en el Medio Oriente. A medida que el estado de seguridad de EE. UU. Cambió a su enemigo declarado del comunismo (soviético) al terrorismo (musulmán), la intervención militar de EE. UU. asumió una misión civilizadora. En contra de ese razonamiento, los radicales trabajaron para revelar los intereses económicos y políticos, así como las ideologías racistas y sexistas, que impulsan los enfoques estadounidenses hacia el Medio Oriente. Los activistas árabes estadounidenses, musulmanes y judíos desempeñaron un papel clave en llevar las críticas al sionismo a la política contra la guerra y en la construcción de la solidaridad palestina feminista y queer. La oposición de los activistas a las guerras en "nuestro nombre" ganó aún mayor importancia después de los ataques del 11 de septiembre, cuando Estados Unidos invadió Afganistán e Irak, instituyó una vigilancia nacional y detenciones generalizadas en virtud de la Ley Patriota de Estados Unidos (**USA PATRIOT Act**) y empleó la tortura sistemática en las prisiones militares de Bahía de Guantánamo y Abu Ghraib.

“No en nuestro nombre” (“**Not in Our Name**”) rastrea fuentes desde la década de 1970 hasta las secuelas iniciales del 11 de septiembre. Los materiales del período inicial incluyen el radicalismo iraní estadounidense, la solidaridad palestina y críticas radicales al sionismo. Si bien a menudo eran vacilantes a principios de la década de 1980, estas políticas cobraron mayor energía después de la primera intifada, el levantamiento palestino contra la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza que tuvo lugar desde diciembre de 1987 hasta 1993, cuando se firmaron los Acuerdos de Oslo (**Oslo Accords**). Los desafíos feministas y queer a la ocupación, el orientalismo y el sionismo desempeñaron un papel fundamental en el desafío de la islamofobia y, por lo tanto, en el fortalecimiento del activismo contra la guerra. El activismo contra la Guerra del Golfo de 1991 fue breve, pero llevó a muchos radicales a perseguir con más determinación a las personas antirracistas y de organizaciones dirigidas por personas de color. Después del 11 de

septiembre, los activistas de color y los inmigrantes radicales, especialmente los árabes, los del sur de Asia y los musulmanes, se movieron hacia el centro del escenario para enfrentar la represión contra sus comunidades. Si bien el 11 de septiembre fue un evento que alteró el mundo, tanto las respuestas radicales como las estatales reflejaron los mapas ideológicos, sociales y tácticos que cada bando había trazado durante las décadas anteriores.